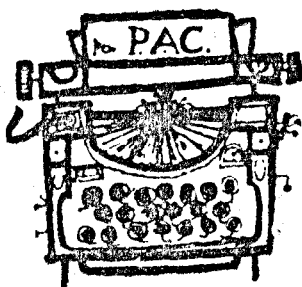


escrito a máquina

Un cristiano en las tinieblas



Una apreciable dama me ha escrito una larga y hermosa carta. Copio sus párrafos principales para intentar la respuesta que me pide. Dice:

“Todos los nicaragüenses estamos ansiosos porque se abra un período de convivencia y de confianza en el país. Pero cada vez se aleja más esa posibilidad. No se buscan soluciones sino continuar en la misma situación cada vez más tirante. Y ahora, para colmo, hasta la misma Iglesia se divide y nos muestra un espectáculo deprimente. ¿Qué autoridad moral queda en esta oscuridad para alumbrar el camino? La vida humana ya no tiene valor, ni tiene valor la dignidad de nadie. Si un sacerdote ha sido tratado como un delincuente ¿qué nos espera a los demás?...”.

R.—Ciertamente participo de su angustia y creo que los nicaragüenses, con una irresponsabilidad suicida estamos apedreando todos los faroles de nuestro vecindario —estamos echando abajo todos los valores morales— y que nos vamos a quedar a oscuras. En el caos. Lo extraordinariamente grave de nuestra situación es que la misma Autoridad es la más empeñada en arrasar con los pocos valores morales que quedan. En el caso que usted expone —y que ha sido el escándalo de esta semana— vejar a un sacerdote lo único que hace es justificar las otras formas de delincuencia. Los jóvenes a quienes se les aplicó la máxima severidad habían asaltado un Banco. Pero un sacerdote es un Banco de valores espirituales. Una vida humana es también un Banco donde Dios ha depositado un infinito valor que exige al hombre un infinito respeto. Si no se respeta la vida de un joven o la significación de un sacerdote ¿cómo queremos que la juventud respete otros valores inferiores como un fajo de billetes o un Banco? La mujer adúltera había delinquido pero la querían apedrear los adúlteros. Al oponerse a que la lapidaran Cristo quiso enseñarnos cuál es el mecanismo moral de la justicia. Es decir, no puede establecerse el orden sobre la hipocresía. Si exigimos respeto por unas leyes y por unos valores, cumplamos primero con esas leyes y afirmemos con nuestros actos esos valores.

Pero en lo que yo no estoy de acuerdo con usted es en su visión de la Iglesia. Creo que está nublada por un exceso de clericalismo. La Iglesia no es un Monseñor, ni dos, ni tres, sino todo el pueblo de Dios —sacerdocio y laicado— y, en el seno de la Iglesia yo más bien veo un surgimiento de fuerzas y valores que antes estaban muertos o dormidos, como también, una conciencia cada vez más fina y sensible de la responsabilidad y del compromiso del cristiano. La reacción que ha provocado el caso del padre Mejía está demostrando que existe una Iglesia despierta, independiente de espíritu, aunque todavía entumida por las viejas ligas del contubernio Poder-Religión. Ciertamente que hay división. Tenía que haberla como en todo momento de crisis y de cambio. Aun en el tiempo de los Mártires —que parece el período más monolítico y heroico de la Iglesia— abundaron los cobardes, los delatores y los desertores. Lo que pasa es que el fulgor y la victoria de los mártires han oscurecido y hecho olvidar las muchas páginas negras que escribieron los cristianos. También entonces se dieron escritores —como los teólogos de “Novedades”— que consideraban maleantes a todos aquellos cristianos que no se sometían al poder cesáreo. Es la fidelidad al César y no a Cristo lo que según ellos define al buen sacerdote y al buen cristiano. Y usted señora, con gran alarma me pregunta: —“Si un sacerdote ha sido tratado como un delincuente ¿qué nos espera a los demás?” —Lo que pasa es que, cuando se aplica a la Iglesia el criterio del poder cesáreo, el sacerdote, el verdadero sacerdote, resulta subversivo. No es que sea tratado como un delincuente. Es un delincuente. Ese criterio se le aplicó al Único y Eterno Sacerdote, a Cristo, y fue crucificado entre dos criminales. ¿Por qué? Porque su doctrina es un testimonio de libertad, de igualdad, de justicia y de amor y todo esto resulta revolucionario allí donde priva la opresión, el privilegio, la explotación y la fuerza.

Leyendo el concepto del cristianismo que ha expuesto y predicado esta semana “Novedades” en sus páginas —concepto arcaico totalmente derribado por el Concilio Vaticano II— recuerdo una frase de un gran católico español de nuestros días: “Hoy reconocemos la enorme carga de razón que tuvo la protesta de Carlos Marx al denunciar la religión como opio del pueblo. Los poderosos han hecho de Dios el instrumento de la conformidad, del asentimiento resignado para el desorden establecido, pues, según ellos, el DESORDEN es el ORDEN que Dios quiere y que nadie puede atacar”.

Dichosamente —señora— cada día crece más el número de cristianos (en el sacerdocio y en el laicado) que tratan de borrar esa terrible imagen de una religión al servicio del poder y de la riqueza; imagen totalmente inversa a la que Cristo nos dejó con su vida y en su Evangelio, y que fue creada por una alianza que se le im-

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

puso a la Iglesia en épocas pasadas y superadas. En toda Hispanoamérica está surgiendo un cristianismo renovado, libre de ligas y de intereses; pero comprometido con la causa de la justicia, de la libertad y del desarrollo de sus pueblos. Ese cristianismo —tan valiente y claramente expresado en Medellín— está germinando con fuerza en Nicaragua pero su luz no es luz arriba sino abajo —quizás por mucho tiempo será todavía luz de catacumbas— pero brilla con fecundidad germinal y es la razón de mi optimismo en medio de las tinieblas.

Su amigo, **PABLO ANTONIO CUADRA**